

VALORES EN LA VIDA SOCIO-POLÍTICA: ENTRE EL CINISMO Y LA ESPERANZA

Silverio Barriga
(Universidad Hispalense de Sevilla)

Inmaculada Trujillo
(Universidad Pablo de Olavide de Sevilla)

RESUMEN

La crisis de valores que caracteriza el tiempo presente incide en la vida socio-política al socaire de un individualismo desenfrenado. El cambio ha invadido tanto las estructuras económicas, como las políticas y las culturales. Y alcanza por igual a neoliberales y a socialdemócratas. Urge que los ciudadanos contrapongan al cinismo de algunos políticos la esperanza de nuevos planteamientos. Los valores propios de la revolución francesa (libertad, igualdad, fraternidad) han de retomarse con ahínco incorporando los valores tradicionales del humanismo en todos los ámbitos de la vida social y política.

ABSTRACT

The present crisis of the social value-system has a strong impact on social and political life due to an unbridled individualism. Such change affects the economical as well as the political and cultural structures. It also touches both the new liberals and the social democrats. For that reason, it seems necessary that the citizens respond to the cynicism of certain politicians with a new kind of vision. The social values of the French revolution (liberty, equality, solidarity) should be reconsidered in order to set the social and political life with traditional values of humanism.

El vertiginoso desarrollo de las sociedades occidentales está introduciendo cambios rápidos sin que muchos seamos conscientes de la vorágine en que se desenvuelven nuestras vidas. El último ciclón electoral francés, con la afirmación de la extrema derecha, el nuevo orden mundial hecho de consignas claras -lucha contra el terrorismo- y determinaciones ambiguas y unilaterales (sólo algunos determinan quién es el terrorista e imponen la «guerra preventiva»), el imparable imperio de la globalización económica como dogma al servicio de las multinacionales, la ruptura de las estructuras tradicionales con el vuelco de muchos de los valores antes defendidos, el desprestigio de los políticos etc., nos ha abocado a una situación radicalmente nueva sobre la que conviene reflexionar.

En este contexto la desorientación de algunos políticos no hace sino reflejar la desorientación de la ciudadanía, máxime cuando se ha derrumbado el marco de referencia estable que suponía la bipolaridad mantenida durante la guerra fría entre la ideología comunista y la ideología capitalista.

A todo ello hay que añadir, en el caso de la socialdemocracia, la consecución casi exhaustiva de los objetivos que se planteó a finales del siglo XIX y principios del XX, con lo que actualmente se halla carente de objetivos novedosos y puede resultar poco atractivo ante el electorado la reiteración machacona de planteamientos inoperantes o no queridos por los ciudadanos. Podríamos decir que la socialdemocracia actual corre riesgo de morir como consecuencia de su propio éxito histórico (Tortella, 2002).

1 Los signos de los tiempos actuales.

El cambio social a comienzos del siglo XXI se caracteriza por:

«cualquier transformación observable en el tiempo que afecta de manera no provisional o efímera a la estructura o al funcionamiento de la estructura social de una colectividad dada y modifica el curso de la historia» (Guy Rocher, 1973: 21).

Las estructuras sociales se han visto afectadas considerablemente por los acontecimientos recientes. El cambio ha tenido lugar tanto en las estructuras económicas, como políticas y culturales.

- En las estructuras económicas: con el paulatino abandono de los sectores primario e incluso secundario en beneficio del terciario, el macro-desarrollo de la gran industria, la implantación de nuevos modelos de gestión humana centrada casi exclusivamente en la rentabilidad de las relaciones humanas de cara a la eficiencia empresarial (Albion, 2002; www.makingalife.com), la implantación masiva de la sociedad de la información con visión planetaria y que halla su máximo exponente en las aplicaciones informáticas (intranet, internet, etc).
- En las estructuras políticas: con las consecuencias del doble movimiento de globalización y «glocalización» que está llevando tanto a la descentralización autonómica como a la construcción de marcrounidades políticas (Unión Europea, Mercosur, etc.).
- En las estructuras culturales: pasando del predominio de los valores colectivos a los valores individuales (centrados en el desarrollo personal y en el auge del hedonismo). En la implantación del consumo como objetivo de vida de grupos y particulares, la universalización del crédito como forma consensuada de disfrutar de bienes que aún no podemos apropiarnos por nuestros propios medios económicos, la ampliación de los márgenes de libertad individual hasta límites antaño insospechados y que no son sino el triunfo arrollador de planteamientos neoliberales.

Todos estos cambios estructurales se han transparentado en las múltiples crisis que han sufrido la institución familiar, el modelo escolar, el modelo cultural dominante, la integración por el trabajo, etc. Crisis que han encontrado terreno abonado en el aumento de los espacios de incertidumbre a partir del momento en que desaparecen las certidumbres institucionales (de las Iglesias, Partidos, Sindicatos, etc.) en que la Economía se autonomiza y se yergue contra la misma sociedad civil. En este momento tomamos conciencia de la importancia de la sociedad civil, constatamos el fin de la civilización parroquial pues surgen nuevos ritos laicos (fútbol, conciertos, ferias) alejados de los ritos religiosos que apenas si tienen incidencia en una sociedad capitalista alejada de las tradicionales fuentes de su moralidad religiosa (a partir de la cual se influía en toda la moralidad ciudadana).

Diríamos, incluso, que asistimos a la muerte de la sociedad tradicional y asistimos al alumbramiento de nuevas comunidades más restringidas, más cohesionadas propias de los movimientos de «glocalización» social coincidiendo con la relocalización (Giddens, 1994) de las instituciones que han de mantener un difícil equilibrio entre el doble movimiento aparentemente contradictorio de impulso de lo local y, a su vez, desarrollo de lo global, tan característico de la transmodernidad actual (una vez superadas tanto la modernidad como la postmodernidad)¹. Todos estos cambios están forzando un nuevo planteamiento de los valores sobre los que se inscribe la acción individual y social.

2 Valores, ideologías y conducta

Al margen de las disquisiciones filosóficas sobre la subjetividad o realismo de los valores será a partir de mediados del siglo XX, cuando los sociólogos (Parsons, Vogt y Roberts, Williams, Albert, Rocher, Duffy etc.) los antropólogos (Kluckhohn, Morris, Catton, Belshaw, etc.) y los psicólogos sociales (Spranger, Barton, Mc Laughlin, Jones y Gerad, Maslow, MacClelland, Khon y Schooler y, sobre todo, Rokeach, Hofstede, Schwartz, etc.) centrarán sus esfuerzos en clarificar tanto el concepto de valor como la taxonomía de los valores y el análisis de su funcionalidad y aplicación (Ros y Gouveia, 2001).

1 «La sociedad actual se caracteriza por la complejidad entre procesos aparentemente contradictorios como son la globalización y la «glocalización»: es decir por la ruptura de los parámetros espacio-temporales. Todo se hace inmediatamente presente y no existen distancias locales. Pero, a su vez, esa globalización espacio-temporal desarrolla una urgente necesidad de desarrollar el polo local, afirmando las señales de identidad local, las propias raíces sociales. Si la modernidad se caracterizó por la ruptura entre los procesos de racionalización institucional (que dieron lugar a la globalización económica) y la emotividad personal (que en su patología ha llevado a los fundamentalismos religiosos y políticos, como los dogmatismos y ciertos nacionalismos); y si, por otra parte, la posmodernidad enfatizó los planteamientos individualistas como consecuencia del acoso del neocapitalismo, lo cierto es que sólo si sabemos volver a reconstruir las rupturas entre lo institucional y lo individual con la constitución del sujeto como individuo socialmente constituido, podremos alumbrar una época llena de optimismo y que, desde mi punto de vista, caracterizaría la transmodernidad» (Barriga y otros, 2001: 1).

Consideramos el valor como una creencia duradera que incide en la conducta individual y colectiva². Y consta de un triple componente: cognitivo, afectivo y conductual. Con Rokeach (1973, 1979) podemos distinguir entre valores instrumentales (como medios para conseguir objetivos) y valores finales. Y hemos de recordar que los valores cumplen funciones normativas y motivacionales y son el resultado del proceso de socialización por el que interiorizamos los cambios estructurales (culturales, económicos, políticos etc.) y nuestra experiencia personal. Los valores pueden estructurarse, consolidarse y fijarse dando origen a las ideologías. Los valores, a su vez, se expresan a través de las actitudes y, sobre todo, del comportamiento de individuos y grupos sociales.

Las crisis históricas son profundas cuando atañen a los valores. Son las raíces de las que se siguen las opiniones, las actitudes y las conductas³. Actualmente, asistimos a una profunda crisis de valores, porque se han desquiciado los puntos tradicionales de referencia.

3 La ética de la política.

Se insiste con frecuencia en la desafección creciente de los ciudadanos hacia la política y los políticos. Asistimos a una pérdida de valor. No sólo porque las grandes decisiones políticas ya no las toman propiamente los políticos elegidos sino que son orientadas por las multinacionales que apoyan sus candidaturas, sino, sobre todo, porque los comportamientos de algunos políticos sin escrúpulos, aireados y jaleados por los medios de comunicación, han conseguido el efecto perverso que ahora todos lamentamos. Y que ha tenido su plasmación en el desinterés por la participación política (abstención en las votaciones, polarización del voto hacia grupos extremistas, banalización de la acción política, inestabilidad del voto, etc.).

Quizá ahora como nunca debemos recrear la acción política al amparo de valores que han sido preferidos en el camino de cada día. La política ha de renacer con valores más consistentes que los actualmente percibidos por los ciudadanos. Los rumores sobre la motivación económica de algunos políticos⁴, su incidencia prioritaria en el placer del poder, el pragmatismo electoral que únicamente está atento a las exigencias del votante para garantizarse el éxito, el cainismo

2 O, más precisamente: «un valor es 1) una creencia 2) que pertenece a fines deseables o a formas de comportamiento; 3) que trasciende las situaciones específicas; 4) que guía la selección o evaluación de comportamientos, personas y sucesos; 5) que se ordena por su importancia relativa a otros valores para formar un sistema de prioridades de valores» (Schwartz, en Ros y Gouveia, 2001: 54).

3 Los valores están en la cúspide del control cultural, controlan las normas y éstas el comportamiento (Parsons).

4 Cuyo mayor cinismo queda plasmado en la llamada «guerra preventiva» de USA contra el terrorismo internacional, cuando difícilmente distinguimos entre el planteamiento ético y el encubrimiento de planteamientos económicos de la industria militar junto a la pretensión de repartirse los beneficios petrolíferos de los países intervenidos.

fatalista aceptado en las relaciones interpersonales dentro de los equipos políticos de nuestros dirigentes, la valoración meramente económica de las ventajas de la representación política - cuando existe una gran distancia entre lo que se cobra en la vida profesional y lo que se cobra en la vida política -, cuando se carece de una política de personal que armonice el servicio político con el respeto que los grupos políticos han de tener para garantizar la autonomía personal del currículo vital de cada uno de los representantes políticos a partir del momento en que dejen la responsabilidad política, etc. Son muchos los temas que están llenando de sombras las obligaciones de los políticos - acelerando la desafección de los ciudadanos y facilitando la corrupción de quienes hace de la política su única profesión.

Urge introducir la transformación de los hábitos que se han instalado en la vida política, vaciando muchas veces de contenido la acción de nuestros representantes legales. Hay que reinventar la vida democrática, hay que volver a su origen si no queremos vaciarla de contenido y de ilusión, al facilitar que se instalen en políticas desalmados sin conciencia, demagogos que se aprovechan de la «ingenuidad» ciudadana, que únicamente pretenden enriquecerse a costa de los presupuestos del Estado - pagados solidariamente por la mayoría de los ciudadanos- repartiéndose, como en un anónimo y limitado botín, los despojos amasados con nuestros impuestos. Pero refundar la vida democrática atañe no sólo a los políticos profesionales, sino a todos los ciudadanos.

4 Los valores de los ciudadanos

No podemos vaciar de contenido la vida, tanto la personal como la social. Hemos de volver a los valores que son necesarios para armar consistentemente la vida, despojándonos de los espejismos que últimamente alimentan las quimeras de la vida, al menos en nuestro medio sociocultural.

Curiosamente los países occidentales, los más desarrollados económicamente, son los que con más crudeza sienten en sus carnes la urgencia de una refundación de la vida social basada en nuevos valores, capaces de motivar e impulsar la vida individual y comunitaria cerca y lejos de nosotros mismos. ¿Cuál es la situación actual? ¿Qué valores se llevan? Mencionemos algunos de los que están revolucionando nuestras costumbres:

Individualismo

- Auge de la permisividad e impulso del individualismo como forma de ejercer la libertad personal.
- Afirmación del individuo como meta última de las acciones. Todo se juzga desde el rasero de los intereses del individuo.
- Impulso de una ética de la autonomía y las iniciativas individuales
- Frente al holismo y el sentido de comunidad se opta por planteamientos individualistas; al que otros denominan empírico o negativo (Castel, 1995), egoísta o desarrollo de sí (Dumont, 1983).

- El acceso al placer inmediato como modelo de vida social. Desarrollo de un liberalismo cultural centrado en el desarrollo del individuo con la consiguiente búsqueda de la identidad personal al margen de las necesarias pertenencias grupales. En aras del liberalismo individualista se privilegia más la identidad sentida que la pertenencia a grupos.
- Se resalta, ante todo, una orientación hedonista de la vida que otorga gran importancia al placer individual.

Reproducción dual en los valores

- Se establece la reproducción dual de los valores transmitidos a las jóvenes generaciones. Y así los valores de los hijos dependen de la profesión del padre: mientras el agricultor y el obrero transmiten valores de buenos modales, espíritu de ahorro, seguridad, los profesionales liberales transmiten valores de determinación, independencia, creatividad, imaginación.
- Disminución de los valores autoritarios tradicionales junto al desarrollo de los valores propios del humanismo liberal.

Privilegio de la cultura urbana

- Ocaso de la cultura rural y agrícola para desarrollarse por doquier la cultura urbana, impulsada tanto por los movimientos migratorios como por el empleo de las nuevas tecnologías que han triturado las viejas coordenadas espacio-temporales.

A favor del cambio, la incertidumbre y la flexibilidad

- Valoración del cambio, la innovación, lo que permite traducir la incertidumbre en acción positiva.
- Se opta por valores como la flexibilidad tanto en el trabajo como en las relaciones interpersonales, siendo preteridos la estructuración organizativa y la estabilidad en las expectativas individuales.

Aceptación de las contradicciones culturales

- Aceptación de las contradicciones culturales de la sociedad capitalista ya que a la igualdad ante la ley, el sufragio universal y las libertades públicas les suceden la reivindicación de igualdad de medios e incluso la igualdad de resultados.

Secularización de valores

- Etiología secular de cuanto acontece. El hombre se considera hacedor de su destino dentro de un proceso general de secularización que lleva a aceptar el relativismo general y el impacto probabilista de lo que sucede en la historia individual y colectiva.

Crisis en la participación social

- Crisis de las formas tradicionales de participación social con fuerte disminución de la participación en organizaciones institucionales (partidos, sindica-

tos) y aumento de la participación en organizaciones comunitarias no gubernamentales (ONG's) y movimientos antisistema.

Diversidad de formas familiares

- El modelo tradicional de familia se ha visto desbordado por formas nuevas y plurales de convivencia en pareja en las que el individuo es la célula de base: legítimas, naturales, biparentales, monoparentales, recompuestas, etc.
- El ámbito de la familia se privatiza y se rechazan las regulaciones exteriores a la pareja (normas sociales) por considerar que se inmiscuyen en lo privado del individuo.

5 Convivir en la sociedad globalizada

A esa complejidad valoral hemos de añadir algunas características del momento actual como:

- El eclecticismo social (Lyotard, 1986), que se manifiesta en el hecho de que conviven distintas formas de vestir y comer de todo el mundo, pese a la difusión que están desarrollando las formas norteamericanas.
- La instalación de lobbies⁵ o grupos de interés afirmando la confrontación de la competencia posicional⁵, la comparación social de grupos de pertenencia, considerando al individuo como partícula de un todo.
- El resurgir del localismo («glocalización») entre dos fuerzas aparentemente antagónicas: globalización o deslocalización de las empresas (internacionalización de los mercados), enraizamiento o relocalización (afirmación de los intereses individuales sobre un territorio).
- Pero, igualmente, hemos de resaltar la coexistencia pacífica de las diferencias por las que estamos pasando de un diferencialismo exclusivista (que supone la negación del otro distinto) a un diferencialismo inclusivista (en el que las diferencias se consideran complementarias).

Fruto de esta maraña de múltiples y, a veces, contradictorios valores, los comportamientos ciudadanos entran en contradicción tanto con las normativas existentes como con los programas que los políticos les plantean. Pero, en todo caso, sólo desde el diálogo y la negociación podemos llegar a un consenso que se caracterice por un mínimo de coherencia social. Tarea de los políticos será plantear unos valores que conciten la aceptación de los ciudadanos y que sirvan para convivir con calidad de vida, con justicia, con solidaridad, con libertad. Pues ante al auge impetuoso del individualismo, aupado por las corrientes del capitalismo liberal, las tensiones sociales se agudizan generando fracturas sociales cada día más exasperadas.

5 La competencia posicional viene determinada por la posición relativa que ocupa un individuo en la distribución de la renta, determinada no sólo por los esfuerzos que él hace para obtener más renta y subir en la escala, sino comparativamente por los que hacen los de más arriba para no ser sobrepasados (Esteve, 2000: 376).

Ante los millones de víctimas con que el modelo capitalista siembra en los caminos de muchas regiones del mundo, algunas muy cercanas al mundo desarrollado e incluso internas al mismo, urge impulsar movimientos de liberación social que faciliten la eclosión de la revolución a favor de un mundo más humano y más acorde con las verdaderas necesidades de cada uno de los individuos que pueblan el planeta Tierra.

El mismo sistema globalizado nos ofrece armas informativas que pueden servir de levadura para sensibilizar el surgimiento de los nuevos movimientos sociales a favor de la justicia y la equidad. De los dos parámetros, valores o dimensiones (libertad e igualdad) que según Rockeach definen las grandes corrientes ideológicas de su tiempo⁶ nos hallamos ante el impulso desmedido de la libertad aún a costa de que la igualdad zozobre. El capitalismo campa a sus anchas por todo el mundo como modelo primero. Sin embargo la convivencia social urge equilibrar la balanza entre la libertad y la igualdad si no queremos que los desequilibrios echen por la borda las conquistas de lustros conseguidas, en gran medida, por las reivindicaciones que supieron alentar las ideologías de los movimientos cristiano, socialista y comunista.

La convivencia mundial tiene exigencias que no podemos olvidar. No somos islas. Y de poco sirve parapetarse en el mantenimiento a ultranza de privilegios únicamente garantizados por la fuerza. La desigualdad termina por abrir brechas catastróficas en los países y pueblos que la cultivan. La historia nos da buen ejemplo de ello. Desaprovechar el caudal de las nuevas generaciones (de quienes se hacen eco los nuevos movimientos ciudadanos) es despilfarrar los recursos que tenemos y la historia nos pasará necesariamente factura.

Las instituciones organizadas (partidos y sindicatos) no pueden pretender acaparar todo el caudal de renovación que las condiciones actuales requieren, salvo que sepan renovarse a fondo introduciendo una verdadera revolución en sus prácticas actuales, introduciendo una nueva ética en sus actuales planteamientos.

6 El rearme moral de la socialdemocracia ¿camino de esperanza?

En el siglo XX, una vez conseguida la reducción de la desigualdad, el socialismo se convierte en socialdemocracia y se centra en «acentuar la transferencia de renta mediante políticas redistributivas». Pero la crisis se acentúa a partir de los años setenta. Desde entonces «el silogismo cornudo» a que se enfrenta el centro-izquierda nos dice que

«si vuelve a los orígenes corre el riesgo de desgraciarse como instancia apta para resolver las cuestiones que atarean a los gobiernos en una democracia normal. Y si elige la adaptación sin reservas, se expone a perder su identidad histórica» (Delgado-Gal, 2002: 11).

6 Comunismo (igualdad alta y libertad baja), Socialismo (igualdad alta y libertad alta), Capitalismo (igualdad baja y libertad alta), Fascismo (igualdad baja y libertad baja).

Por ello se dice que los formatos institucionales le vienen pequeños a la izquierda. Y que su futuro quizá se oriente, fuera del juego partidario, más hacia la crítica cultural.

En todo caso lo que está quedando claro es que: los planteamientos de antaño han quedado caducos. Las diferencias de clases se han difuminado con el acceso a nuevos estándares de vida y con la nueva organización sociolaboral impulsada por las nuevas tecnologías. Y los socialistas se ven obligados a redefinir sus objetivos de futuro. Pues incluso banderas como la de la protección social necesitan nueva reformulación para, junto a sus múltiples virtudes, disminuir las disfunciones que acarrea (creciente presión fiscal, arbitraria distribución de los beneficios, creciente fraude en los ciudadanos, desincentivación económica, etc.). De ahí que, según algunos «los electores no reclaman hoy tanto un mayor Estado Providencia, cuanto su mejor administración» (Tortella, G. 2002: 13). Los casos de corrupción aireados por los medios de comunicación han logrado mermar la credibilidad de los políticos.

El interés de algunos políticos de izquierda más preocupados por parapetarse oligárquicamente⁷, junto con su clan, en puestos de poder que les garanticen un futuro personal socioeconómico, que en llevar a término la aplicación coherente de los planteamientos teóricos de la socialdemocracia, conduce vertiginosamente a la apatía y a la incredulidad en sus mensajes. La vivencia esquizofrénica de quienes se aferran a sus puestos orgánicos o políticos es el abono ideal para el mayor de los descabros electorales. Máxime entre electores sensibles a los esfuerzos por vivir con un mínimo de coherencia entre lo que se dice, lo que se hace y lo que se exige a los demás.

De ahí que el futuro de la socialdemocracia pase por un auténtico rearme moral que conlleve la aceptación y puesta en práctica de valores olvidados: nuevo planteamiento ideológico en el nuevo contexto del siglo XXI: nuevas exigencias personales en quienes desempeñan puestos políticos y orgánicos con control de la ciudadanía que ha de tener la capacidad de forzar el relevo más allá de la simple votación cada cuatro años, vuelta a la austeridad de vida del político que se dice de izquierdas en una sociedad de confort y de consumo (restricción en el uso del coche oficial, moderación en el uso de los mejores restaurantes, ausencia de servidumbre en el personal de su entorno, negación de cainismo en las relaciones internas, ausencia de nepotismo y favoritismo en la asignación de puestos de trabajo etc.).

Ajuste entre los sueldos profesionales de origen y los sueldos que como político tienen los candidatos, para evitar exorbitadas diferencias económicas que fácilmente llevan al servilismo dentro del partido.

- Transparencia en el sistema de vida económica que lleva cada uno de nuestros representantes políticos

7 Una buena manera de romper con ese lastre oligárquico puede proporcionarlo la elección mediante primarias tímidamente instaurado por el PSOE en España pero que adolece de vaivenes esquizofrénicos: « las primarias son maravillosas pero mejor evitarlas si se puede.» (Cfr. Pérez-Royo, J. 2002, *El País*, 5 de mayo, p. 2 Andalucía)

- Limitación de mandatos en el ejercicio de la política; la política como profesión fácilmente induce a ser presa de mecanismos de corrupción o servilismo.
- Afirmación clara de estar al servicio del ciudadano de base y no de sus oligarquías económicas.
- Lucha por garantizar los derechos de ciudadanía tradicionalmente conquistados pero con exigencias de responsabilidad en quienes los disfrutan.

Y si nos centramos en las dos dimensiones de libertad y de igualdad, a que hacía referencia Rockeach, sólo podrán mantenerse si se ajusta el discurso a las exigencias de los tiempos presentes. He aquí algunas de las ideas propuestas por Tortella (2002: 13):

- En lo político, la igualdad ante la ley debe ser total, analizando con mucha cautela las excepciones a la regla general en los localismos y nacionalismos.
- En lo económico, hay que abrazar los valores de iniciativa, capacidad emprendedora, competencia, transparencia y competitividad del mercado democrático. Sólo caben las intervenciones del Estado cuando haya que corregir desequilibrios con intervenciones reequilibradoras no asumidas por el normal desarrollo del mercado.
- En el funcionamiento de la Administración pública, hay que ponerla claramente al servicio de los ciudadanos, huyendo de la dependencia de grupos de interés que se consolidan en cuerpos privilegiados.
- En lo social, hay que insistir en el mérito de cada cual, en su esfuerzo personal, y menos en la igualdad pasivamente conseguida (excepción hecha de los colectivos estructuralmente incapacitados para ejercer su libertad con los que habrá que seguir manteniendo una discriminación positiva orientada, sobre todo, a eliminar los condicionantes estructurales). E igualmente hay que apelar a la responsabilidad de compartir los beneficios con el resto de los ciudadanos mediante mecenazgos y apelando a la responsabilidad social para que no se den situaciones de despilfarro afrentoso.
- En la esfera internacional, urge replantear las relaciones con los países del tercer mundo orientando la ayuda más a su propio desarrollo (en educación, adecuado control demográfico, rebajando las barreras comerciales) que a considerarlos como excelentes compradores de armamento y mercancías subvencionadas. Igualmente urge una especial sensibilidad a los planteamientos ecológicos para la conservación de la naturaleza.

Y finalmente, se necesita incorporar planteamientos renovadores de los recientes movimientos sociales capaces de introducir nueva sabiduría en los viejos odres de la socialdemocracia occidental.⁸

8 Pese a que quepan distintas valoraciones al respecto «Junto a las Organizaciones No Gubernamentales empiezan a surgir ahora otro tipo de movimientos, con un carácter más político, pero sobre todo social, que quieren participar en el diseño de la política internacional. Su objetivo principal es evitar que la globalización se convierta en un proceso sin ningún tipo de control político y ciudadano y genere más exclusión. ¿Pueden suplir la función de los políticos? Personalmente creo

Conviene también añadir las nuevas orientaciones propias de la multiculturalidad. Pues estamos vertiginosamente pasando del monoculturalismo al multiculturalismo: con reivindicaciones de libertad, identidad y reconocimiento social, atención y respeto a la diferencia, la alteridad.

Este movimiento, que surge hacia 1920 en reacción al positivismo, tiene como impulsores a Mead, Husserl (filósofos), Boas (antropólogo) Shutz (sociólogo). Básicamente se trata de considerar al hombre como actor frente a los determinismos (Semprini, 1997).

De tal forma que lleguemos a impulsar la formación del hombre del futuro, el sujeto plural:

- que se forja en el cruce de múltiples pertenencias en conflicto; de ahí que sea un individuo incompleto e insatisfecho, que ha de aprender a gestionarse;
- un individuo, obligado a ser autónomo y a crear sus puntos de referencia que antes recibía del grupo de pertenencia prioritario; que pase de la vergüenza (de no ser de la clase noble) a la corresponsabilidad (si no lo consigo yo soy el responsable),

es imprescindible evitar con todos los medios a nuestro alcance cualquier exclusión, tanto económica, como cultural, social o psicosocial:

Exclusión económica

- Distinguir entre la pobreza absoluta (consumo mínimo nutricional) y la pobreza relativa (a partir de estos indicadores: medida monetaria, condiciones de existencia, medida subjetiva).
- Resaltar las distintas relaciones sociales a la pobreza desde la pobreza integrada (la que suele darse en España), a la pobreza marginada (así en Alemania) y la pobreza descalificadora -inútil social, perversiones de la ayuda- (en Francia y Gran Bretaña).

Exclusión cultural

La masificación de la enseñanza genera formas de exclusión (quiénes son los que acceden a los estudios superiores, y en qué condiciones, con qué garantía profesional futura, quiénes son los que acceden a las nuevas tecnologías etc.).

Exclusión social

Cada vez más resalta la vulnerabilidad de las personas dependiendo de la calidad de su ciudadanía, pues podemos distinguir varias formas de exclusión social:

... que no. Pero no porque yo me dedique a la política y crea que están invadiendo mi ámbito, sino porque las mismas críticas sobre la falta de representatividad, legitimidad y capacidad para controlar los efectos negativos de la globalización podrían aplicarse a ellos mismos.» (Política y ciudadanía: la voluntad de gobernar la globalización. Conferencia de Trinidad Jiménez, Secretaria de Internacional del PSOE . Club Siglo XXI, 7 de Febrero de 2002)

- en situaciones de precariedad social: con dificultad de acceso a la vivienda, a la salud, al consumo, etc.;
- en situaciones laborales de difícil acceso al trabajo, con facilidad para el paro, con insatisfacción e inestabilidad en el trabajo⁹;
- en socialización primaria fragilizada (por ruptura familiar, por desigualdad de acceso al grupo de iguales-amigos, por escolarización segmentada en su origen).

Exclusión psicosocial

La exclusión se manifiesta como construcción social con discriminaciones culturales (aculturación de los emigrantes entre cultura de origen y cultura de llegada), prejuicios, estigmatización de múltiples representaciones sociales («los sin papeles»), segregación territorial («ciudades dormitorio»), etc.

Sabiendo que el recorrido de la exclusión (Paugam, 1991) conlleva:

- fragilidad (bien interiorizada o indefensión, bien negociada o con esperanza de salir con ayuda de los servicios sociales),
- dependencia de los asistidos (asistencia diferida o esperanzada, asistencia instalada, asistencia reivindicada),
- ruptura (marginación no aceptada, marginación organizada - subcultura), todo lo cual ha de llevarnos a plantear con nitidez las grandes líneas de una Política Social orientada a luchar:
- contra las desigualdades: problema «más - menos»: exclusión estructural,
- contra la exclusión: problema «dentro - fuera» (exclusión dinámica),
- contra la injusticia social por los derechos de ciudadanía consensuados: inclusión ciudadana que conlleva la armonización social a partir de los principios de libertad y diferencia.

No obstante, permanece como reto la pregunta de Rawls (1971): ¿podrá la justicia social integrar las desigualdades?

7 A modo de conclusión.

La socialdemocracia se halla en un punto crítico de desarrollo: o se deja llevar del cansancio moral de muchos y traiciona su razón de ser, muriendo en el éxito de sus planteamientos formulados hace más de un siglo, o reacciona liderando críticamente las inquietudes de los nuevos movimientos ciudadanos dando respuestas a los problemas actuales y contrarrestando las amenazas que se cierren sobre la humanidad toda entera de cara al futuro y convirtiéndose, de hecho, en un camino de esperanza.

9 Conjugando las variables de satisfacción y estabilidad podemos distinguir con Paugam (1998) varias categorías: integración asegurada ++, integración comprometida +-, integración trabajada -+, integración descalificadora --.

El actual cansancio de los electores en las democracias occidentales es sólo la llamada de atención a la izquierda que se duerme en sus laureles.

Los valores propios de la revolución francesa (libertad, igualdad, fraternidad) han de retomarse con ahínco incorporando los valores tradicionales del humanismo, incluso en ámbitos aparentemente tan distantes como los del trabajo (Ros, M., Schwartz, Sh. y Surkis, 1999; Albión, M., 2002).

Bibliografía

- ALBERT, E. (1968). «Value systems», en: D.L. Sills, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, New York: Macmillan and Free Press.
- ALBION, M. (2002). *Vivir y ganarse la vida*, Barcelona: Amat Editorial y Escuela de Administración de Empresas.
- BARRIGA Y OTROS, (2001). «Salud y trabajo comunitario: Hacia un modelo sociosanitario de la salud y los servicios sociales desde la multiculturalidad», En *Actas del IV encuentro Luso-Espanhol de psicología social*, Universidade Lusitana- Porto 7-9 novembro 2001.
- BELSHAW, C. (1959). «The identification of values in anthropology», en *American Journal of Sociology*, 54, pp. 555-562.
- CASTEL, R. (1995). *Les Métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, Paris: Fayard.
- CATTON, W. (1959). «Q theory of values», en *American Sociological Review*, 24, pp. 310-317.
- CROZET, Y, BOLLINET, D., FAURE, F., FLEURY, J. (2000), *Les Grandes Questions de la société française*, Paris: Nathan.
- DELGADO-GAL, A. (2002). «La izquierda y el silogismo cornudo», en *El País*, 4 de mayo, p.11.
- DUMONT, L. (1983). *Essais sur l'individualisme*, Paris: Le Seuil.
- ESTEVE, F. (2000). «Bienestar y crisis del Estado de Bienestar: elementos para una economía de la felicidad», en: Muñoz de Bustillo, R. (ed.), *El Estado de Bienestar en el cambio de siglo*, Madrid: Alianza, pp. 351-401.
- GARCÉS, J. (1988). *Valores humanos: principales concepciones teóricas*, Valencia: Nau llibres.
- JAVALOY, F. y otros (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*, Madrid: Prentice Hall.
- JONES, E. y GERARD, H. ((1967). *Foundations of Social Psychology*, New York: Wiley.
- KLUCKHOHN, R. (1951). «Values and value orientation in the Theory of Action», en: T. Parsons and E.A. Shils (eds.), *Toward a General Theory of Action*, Cambridge: Harvard University Press, pp. 388-433.
- LYOTARD, F-J. (1986). *Le Postmoderne expliqué aux enfants*. Paris: Galilée.
- Mc LAUGHLIN, D. (1965). «Values in behavioral sciences», *Journal of Religion and Health*, 4, pp. 258-279.
- MORRIS, C. (1956). *Varieties of human value*, Chicago: University Chicago Press.
- PAUGAM, S. (1998). «Le monde salarial coupé en quatre», en *Societal*, 16, febrero, pp. 45-48.

- RAWLS, J. (1971). *A Theory of Justice*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- PARSONS, T. (1966). *Societies: evolutionary and comparative perspectives*, Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- PÉREZ-ROYO, J. (2002). *El País*, 5 de Mayo, pág. 2, «Andalucía».
- ROCHER, G. (1973). *Introducción a la Sociología General*, Barcelona: Herder.
- ROKEACH, M. (1973). *The nature of human values*, New York: Free Press.
- (1979). *Understanding human values: individual and societal*, New York: Free Press.
- ROS, M.; Schwartz, Sh. & Surkis (1999). «Basic individual values, work values and the meaning of work», en *International Journal of Applied Psychology*, 58, 1, pp. 49-72.
- y Gouveia, V., eds., (2001). *Psicología Social de los Valores: Desarrollos teóricos, metodológicos y aplicados*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- SEMPERINI Andrea (1997) *Le Multiculturalisme*, Paris: PUF.
- SPRANGER, E. (1966). *Formas de vida*, Madrid: Revista de Occidente.
- TORTELLA, G. (2002). «El socialismo del siglo XXI», en *El País*, 30 abril, p.13.
- VOGT, E. y ROBERT, J. (1956). «A comparative study of the role of value in social action in two southwestern communities», *American Sociological Review*, 18, pp. 645-654.
- WILLIAMS, R. (1968). «Values», en: D.L. Sills (ed.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, New York: Macmillan and Free Press, pp. 283-287.
- WWW.makingalife.com